

BREVE ANTOLOGÍA DE ABE KOOBOO

Introducción y traducción del japonés:
GUILLERMO QUARTUCCI
El Colegio de México

DURANTE MUCHO TIEMPO, LA CRÍTICA y el público lector japonés consideraron a Abe Kooboo como un autor *atípico*, tomando en cuenta que ya desde la primera de sus obras, publicada en la inmediata posguerra, éstas escapaban notoriamente de la tradición literaria de su país, basada en la pintura de emociones y sentimientos fuertemente ligados a atmósferas, objetos y valores muy arraigados en la sociedad. La supuesta atipicidad de Abe surgía del hecho de que los temas de sus obras hacían referencia constante a la pérdida de identidad del individuo, frente a un mundo cuyas reglas se habían vuelto incomprensibles para el hombre común y donde los requerimientos de la sociedad eran más apremiantes, en detrimento de la libertad de pensar y de la posibilidad de labrar el propio destino.

Cuando en 1951 le fue concedido el premio Akutagawa —el más prestigioso de Japón, que eleva a quien lo recibe a la categoría de deidad en el olimpo de la literatura “pura” japonesa— la obra por la que fue premiado, *La pared*, levantó una inmediata polémica. ¿Cómo era posible que una novela excéntrica y tan alejada de la tradición literaria japonesa recibiera semejante espaldarazo? ¿Acaso el premio Akutagawa, al igual que la sociedad japonesa, se estaba también “modernizando”, en el sentido peyorativo con que el *establishment* literario usaba esta palabra? La crítica menos agresiva, en un intento de ecuanimidad, trató de abordar esta novela corta desde una perspectiva más objetiva, y no encontró mejor solución que endilgarle a Abe el mote de escritor existencialista, con fuertes influencias de Kafka. Después de todo, ya desde muy temprano, sus obras hablaban de personajes indefensos y vulnerables que habían perdido contacto con una realidad social cada vez más compleja, y de ahí a la enajenación y a la locura sólo los separaba un frágil espacio.

Uno de los pocos colegas de Abe —ubicado, sin embargo, en una línea diametralmente opuesta al estilo de éste, y que tampoco

es “típicamente” japonés— Mishima Yukio, en algún momento reconoció que nuestro autor era el menos *húmedo* de los narradores japoneses —refiriéndose con esta expresión a la ausencia en la obra de Abe del sentimentalismo que, por lo general, inundaba a la producción literaria de Japón. El mismo Mishima se alejó cuidadosamente de este peligro y fue así como le dio vida a una manera de concebir el discurso narrativo que le debía mucho a la gran tradición europea del siglo XIX y comienzos del XX.¹

Lo que resulta curioso en Abe es que el tono y el contenido de sus historias de alienación poco y nada parecían tener que ver con la realidad circundante de aquellos años terribles de posguerra, marcados por la escasez y por las leyes de la supervivencia, cuando la angustia de sentirse un juguete en manos de fuerzas sociales despersonalizadas aparentemente no parecía constituir un problema grave, como sí podrían sugerirlo sus primeras obras.

Sin embargo, en Japón ya se estaban gestando las tendencias que, décadas más tarde, darían la pauta de la sociedad y conducirían a la concreción de un “milagro” económico de proporciones gigantescas. Con la llegada de la prosperidad, comenzaron a revelarse los signos —antes ocultos y que sólo el ojo avizor de Abe había entrevisto— de las consecuencias de ese “milagro” en el estado espiritual de los individuos. En efecto, la nueva dinámica social desembocaba en angustia y en pérdida de identidad, mientras que los mecanismos de control, producto de una burocracia bien aceiteada cuyos objetivos eran propiciar las condiciones para la sociedad del superconsumo, iban eliminando poco a poco cualquier resto de impugnación del sistema. En su afán por reducir el margen de lo inesperado, la sociedad estaba acabando con sus mejores propuestas humanas.

A principios de la década de los sesenta, Abe publica lo que la mayoría considera como su gran novela: *La mujer de la arena*.² Tras una anécdota en apariencia sencilla, esa obra esconde observacio-

¹ Para un estudio detallado de la vida y obra de Abe Kooboo, véase: Guillermo Quartucci, *Abe Kooboo y la narrativa japonesa de posguerra*, México, El Colegio de México, 1982 (Col. Jornadas, 98). Además: Kazuya Sakai, “Abe Kooboo y la nueva literatura”, en *Japón, hacia una nueva literatura*, México, El Colegio de México, 1968. Guillermo Quartucci, “Abe Kooboo, ¿un autor kafkiano?”, en *Anuario de letras modernas*, México, UNAM, 1984, vol. 2, pp. 67-70.

² Hay una excelente traducción al español realizada por Kazuya Sakai: *La mujer de la arena*, México, Era, 1971; y España, Ediciones Siruela, 1989.

nes terribles sobre la capacidad socavadora de la sociedad japonesa, de la cual Abe ofrece un retrato en forma de parábola. Eran aquellos los años del crecimiento económico acelerado. Los lectores de la novela, al igual que los espectadores de la exitosa versión cinematográfica que se hizo de ella, siguieron pensando que Abe era "raro"; sin embargo, ya comenzaban a intuir que también se estaba enrareciendo la atmósfera espiritual del archipiélago.

A mediados de los años setenta, Abe publica otra novela insólita que tiene una escasa repercusión pública: *El hombre-caja*, cuyo fracaso parcial, si se le compara con el éxito de obras anteriores, no impidió que su contenido fuera asimilado como "natural" por los lectores. La prosperidad material de nuevo cuño, producto de Japón, S.A., no sólo había convertido al individuo en un dígito, sino que el medio ambiente se había vuelto irrespirable, literalmente aplastado por la contaminación resultante de una actividad industrial desmesurada.

En 1984, Abe publica una nueva novela con un título de resonancias bíblicas: *El arca Sakura*. Ésta también es un fracaso parcial, en cuanto a las resonancias en el ávido público lector japonés. Esta obra relata las vicisitudes de su protagonista mientras recluta la tripulación de un barco que habrá de salvarlos de la hecatombe que se aproxima. Los planteamientos de nuestro autor ya no resultan extraños para nadie —e incluso seguramente muchos los comparten, en esta era del ecologismo y de los derechos humanos—, y Abe ha dejado de ser atípico para convertirse en anecdótico. Sin embargo, un detalle extraliterario nos lleva a pensar si Abe no estará claudicando frente a la misma sociedad despersonalizadora que retrató desde sus comienzos como escritor: *El arca Sakura* es la primera obra que escribe en su totalidad en un procesador de palabras.

La pregunta que finalmente surge es si Abe es realmente un escritor atípico o si, por el contrario, él es un autor netamente japonés, cuyo talento consistió en descifrar, antes de que se hicieran evidentes, las tendencias despersonalizadoras de la sociedad japonesa de posguerra. Las obras traducidas a continuación³ intentarán en parte responder a esta interrogante.

³ En esta breve antología falta un género que Abe ha cultivado asiduamente: la literatura dramática. El lector interesado puede consultar Abe Kooboo, *La maleta*, traducción del japonés e introducción Guillermo Quartucci, en *Estudios de Asia y África*, vol. XXVI, número 2 (85), pp. 315-337.

El cuento

La obra que a continuación se traduce fue publicada en el número 1 de la revista *Guendzai*, en junio de 1952. En la primera etapa de su carrera, Abe Kooboo prestó gran atención al cuento y a la novela breve. *La pared*, la novela por la que recibió en 1951 el premio Akutagawa, está integrada por tres narraciones cortas, una de las cuales, *El capullo rojo*,⁴ no excede, en japonés, las tres páginas.

La trampa de Plutón (*Puruutoo no wana*) pertenece a la categoría de estos cuentos brevísimos inspirados en la narrativa de Esopo. En ellos, Abe se vale de la síntesis a la que obliga el género, para construir fábulas modernas cuyas situaciones y moraleja son fácilmente aplicables a la sociedad japonesa. Son los años de la posguerra y el fin de la ocupación norteamericana; años difíciles en los que todavía no surgía el optimismo generalizado de las décadas siguientes.

En *La trampa de Plutón* los nombres de los protagonistas principales están tomados de la mitología griega: Orfeo, Euridice y Plutón. Al igual que en Esopo (a quien el propio cuento cita) o en ciertos dibujos animados producidos en los Estados Unidos —sobre todo en los años cuarenta y cincuenta— los personajes son animales, pero las situaciones corresponden puntualmente al mundo de los humanos con sus cuotas de comedia y tragedia, grandeza y estupidez. Los verdaderos seres humanos —como en este caso el dueño de la bodega— a la manera de un dios, son de dimensiones tan grandes que se escapan del “cuadro”, y su participación en la sociedad de los animales sólo se justifica en la medida en que son ellos quienes provocan las crisis.

Una lectura atenta de este cuento revela que la sociedad de los ratones no difiere demasiado de la sociedad japonesa de la época en que el cuento fue escrito. Se había producido una guerra, se había cambiado la monarquía constitucional por la democracia republicana, se había sufrido una ocupación de siete años y la inestabilidad generalizada de las instituciones provocaba angustias y miedos como los que padecen los ratones de esta historia.

Abe cultivó con asiduidad este tipo de narraciones, aunque ya

⁴ Hay una traducción al español en el *Anuario de las letras modernas*, México, UNAM, 1984, vol. 2, pp. 70-73.

comenzaba a embarcarse en proyectos de más aliento que culminarían, en 1962, con *La mujer de la arena*.

LA TRAMPA DE PLUTÓN

En el primer piso de una bodega vivía una pareja de ratones cuyos nombres eran Orfeo y Eurídice. A Orfeo se le conocía ampliamente por ser el más destacado poeta del mundo ratonil. Su grito, tan claro como una gema bruñida, invitaba a la luz a profanar las tinieblas y, además de resplandecer bellamente para deleite espiritual de los demás ratones, paralizaba el músculo que impulsaba las uñas de los gatos, neutralizaba los raticidas y separaba los alambres de las ratoneras. A los costales de trigo les hacía denunciar su ubicación por el olor; a las vasijas de aceite las abría removiéndoles las tapas de piedra; y a los huevos los hacía rodar sobre sí mismos hasta los nidos de los ratones. Y para que éstos pudieran atravesar las paredes sin problemas era capaz de abrir agujeros no sólo en las superficies de madera o barro, sino también en las de piedra o concreto.

Esta reputación, pensándolo bien, respondía a que Orfeo no sólo era un buen poeta, sino además un científico y un filósofo que conocía a fondo cada recoveco de la realidad. Como ejemplo de ello, ha llegado hasta nosotros la siguiente anécdota:

Corría el año de la gran hambruna. Cuando se produjo la gran migración hacia el más seguro reino meridional del bambú, a lo que más le temían los ratones era a pasar cerca del pantano donde tenía su guarida un gato montés de nombre Selene. Se decía que Selene, entonando una canción muy seductora, atraía a los ratones hacia el pantano. Cuando nuestros roedores finalmente llegaron a las inmediaciones de éste, comenzaron a sufrir violentas sacudidas.

"Selene está cantando" fue el murmullo que se expandió como ola. Los cuerpos de los ratones sacudidos por el miedo se precipitaban a tierra hasta quedar paralizados y después, entre sollozos y con la razón extraviada, se acercaban tambaleantes al pantano. Orfeo, sorprendido, aguzó el oído, pero por más que lo intentara no oyó ninguna canción. Selene en realidad no estaba cantando. Orfeo se dio cuenta de inmediato de que se trataba de la canción del silencio y comprendió que nada hay más terrible que una canción así. Orfeo, poniéndose entonces a la cabeza de los demás ratones, comenzó él mismo a cantar. Después de un combate prolongado

venció con su canción a Selene, y los ratones ya más tranquilos, prosiguieron el camino hacia su destino.

Orfeo se convirtió así en maestro y guía de los ratones y éstos le rogaron que fuera su rey, pero él declinó el ofrecimiento y les aconsejó que mejor fundaran una república. Siguiendo su consejo así lo hicieron y Orfeo fue elegido el primer presidente de la República de los Ratones. La bodega a la que nos hemos referido al comienzo sirvió primero de palacio presidencial, pero luego pasó a ser la residencia de Orfeo, además de dieta, corte suprema, escuela y centro cívico de la sociedad de ratones. Orfeo ejercía allí sus funciones de gobierno: arbitraba pleitos sobre paredes y porciones de queso; reunía a los estudiantes y les enseñaba desde cómo componer versos hasta cómo producir antídoto contra los raticidas; o bien, organizaba grandes conciertos.

Debido a estas actividades, los gatos merodeaban todo el tiempo por la bodega a la espera de los ratones, mientras se afilaban las uñas en las paredes relamiéndose los bigotes. Pero la fuerza surgida de la alianza entre Orfeo y los ratones era una fortaleza inexpugnable.

Sucedió un día que inesperadamente llegó un hombre y abrió la puerta de la bodega. Como los ratones ni en sueños habían imaginado que ocurriría una cosa semejante, se asustaron muchísimo. En realidad era que había llegado la primavera y el dueño de la bodega no venía a hacer otra cosa más que a buscar sus instrumentos de labranza. Como para los ratones un día humano es bastante más que un mes, se hace comprensible entonces que en los diez años siguientes a este hecho se le recordara como el más nefasto de su historia.

Los ratones quedaron horrorizados. Para colmo de males, el hombre se fue dejando la puerta semiabierta. La bodega dejó de ser una fortaleza inexpugnable.

Esa noche llegó Plutón, un gato viejo que, aunque chocheaba, ostentaba un nombre terrible.

Los ratones se reunieron en una asamblea, donde discutieron acaloradamente. Es por esta época cuando se conoció "¿Quién le pone el cascabel?", la famosa fábula de Esopo. Orfeo les explicó con paciencia cuán cruel y duro era Plutón, e insistió en la imposi-

bilidad de llegar a un acuerdo, pero los muy asustados ratones no entendieron para nada sus sentimientos. Si le hubieran hecho caso; por más que Plutón tuviera unas garras horribles sin duda habrían podido vencerlo, pero los ratones estaban tan espantados que no mostraron el menor espíritu de lucha. Y estúpidamente repitieron: "¿Quién le pone el cascabel?"

—¿No es suficiente este problema para que nos fortalezcamos? —dijo Orfeo con tristeza, mirando a la cara a todos. Pero como nadie respondiera, resignado, continuó: Por supuesto, todavía tenemos margen para la negociación. Hagamos de cuenta que ésta es la opinión de ustedes y procedamos.

Orfeo, entonces, con voz clara y bella se dirigió a Plutón a través de la pared:

—Amigo Plutón. Tenemos algo que consultarte.

—¿De qué se trata? —la voz gruesa y ronca de Plutón imprevistamente se oyó cercana y los ratones comenzaron a temblar como enajenados. Orfeo continuó:

—Si nos prometes proteger nuestras vida cada vez que entramos y salimos de esta bodega, nos comprometemos a entregarte medio kilo de carne, un cuarto de litro de aceite y cuatro arenques al día.

—¿Ah, sí? —respondió Plutón—. Ustedes me parecen muy listos. ¿Qué tal seis arenques?

—Como testimonio de que vas a mantener tu promesa quisiéramos colgarte al cuello un cascabel —dijo Orfeo.

Cuando Orfeo comunicó a los ratones que había que llevar el cascabel, todos volvieron en sí y empezaron a temblar, como si fuera a suceder algo. Sin embargo, al llegar el momento, nadie se ofreció como voluntario para llevar el casacabel. Fue entonces cuando Eurídice dijo:

—Iré yo.

Eurídice tomó de manos de Orfeo el cascabel y con una calma que en el fondo era terror, se alejó en silencio. El tintineo del cascabel poco a poco se fue dejando de oír hasta desaparecer por completo. Los ratones permanecieron con el aliento contenido, pero por más que esperaron Eurídice no regresó.

—Vamos a ver qué pasa —se escuchó la voz de Orfeo estremecida de ansiedad. Y lleno de coraje se dirigió hacia el sitio de Plutón.

—¿Quiero que me devuelvas a mi esposa!

—Ah, que te la devuelva —dijo Plutón, relamiéndose sin cesar los bigotes.

—¿Dónde está?

—Está en el lugar donde está y yo sé dónde.

—¡Devuélvemela de inmediato!

—Te la devolveré, pero con una condición: la haré ir detrás de ti, y tú, por ningún motivo deberás voltear la cabeza. Si ello hicieras, tu vida y la de ella se verían en peligro.

—¿Por qué me pones esa condición?

—¿Acaso no es suficiente razón que tenga consecuencias para ti?

—Orfeo, sin agregar palabra, dio la espalda a Plutón. Éste dijo entonces:

—¡Eurídice! Puedes marcharte detrás de tu esposo.

Mientras Orfeo se dirigía lentamente al primer piso donde todos lo estaban esperando, la ansiedad por saber si en verdad lo seguía su esposa, lo embargaba. No sentía su olor. De repente se detuvo y en voz muy baja dijo:

—¡Eurídice! —pero no obtuvo respuesta. ¡Lo habían engañado! y al darse cuenta, sin reflexionar, volteó la cabeza al tiempo que Plutón, con sus afiladas garras y sus colmillos, lo hacía trizas.

—No lo hago por maldad. El malo eres tú, que no cumpliste lo prometido —dijo Plutón, y con ojos brillantes e implacables miró hacia el primer piso. Dando un gran bostezo, con su larga cola perfectamente erguida, salió de la bodega a beber agua.

La novela

Los problemas ecológicos que dominaron el ambiente intelectual de la década de los ochenta especialmente en los países industrializados, no podían estar ausentes en la obra de Abe, escritor siempre preocupado por las cambiantes circunstancias del mundo contemporáneo. Producto de su reflexión sobre este tema (por cierto, con conclusiones nada optimistas y más bien apocalípticas) es su novela *El arca Sakura* (Sakura no jakobune), publicada en 1984. Las claras referencias bíblicas del título (el asunto es que el protagonista, un moderno Noé, recluta la tripulación que habrá de embarcarse en un navío que los salvará de la catástrofe final) se confirman en el

transcurso de la novela. Obra más bien árida, de difícil lectura, *El arca Sakura* conjuga las inquietudes sociales de Abe, manifiestas en sus ensayos, y la capacidad para reproducir el lenguaje de la vida cotidiana que reveló en sus piezas de teatro, con la creación de una atmósfera onírica de raíces surrealistas, observada ya en sus primeras narraciones y presente a lo largo de toda su obra de ficción.

La traducción que sigue corresponde al segundo capítulo de la novela. La acción podría desarrollarse en cualquier gran ciudad del planeta, aunque algunos detalles específicos hacen que se trate inconfundiblemente de Tokio. El hecho de que los personajes estén situados en la azotea de un gran almacén —con sus puestos multicolores, su actividad febril y la variedad de tipos humanos que deambula por ella— no deja lugar a dudas. Tampoco el paisaje urbano que se extiende más allá del alambre tejido que la rodea. Sólo que el protagonista sea obeso resulta un tanto incongruente con la imagen del japonés común, pero quizá Abe utilice ese rasgo (como sucede con los protagonistas de sus novelas anteriores) para resaltar el carácter de paria del personaje, en una sociedad donde la “administración” ha suplantado al hombre.

EL ARCA SAKURA

Capítulo 2. *Algún día me gustaría diseñar un logo basado en la eupcacia y usarlo en una bandera turística*

Justo frente a la entrada había un área de descanso cubierta por un techo de lona, que probablemente servía de escenario para conciertos al aire libre. Junto a los puestos de café helado y hamburguesas se encontraba uno de raspados. Pedí uno grande, de frijoles rojos azucarados. Más allá de la malla de alambre que servía de protección, la calles polvorientas se veían como una red de pescadores vieja. Parecía que iba a llover: a lo lejos, las montañas apenas se divisaban entre las nubes. El ruido de los coches rebotaba en el cielo y caía a borbotones en el almacén de Mudzak, como los jadeos de una rana gigante exhausta.

El raspado de frijoles rojos congelaba mi mano. La gente que estaba en las partes descubiertas se dirigía a las puertas, pero don-

de yo estaba casi todos los asientos se encontraban ocupados. Compartía la mesa con un estudiante (a juzgar por el cabello largo que le caía por el cuello flaco hasta la nuca y por sus ojos enrojecidos) de playera azul oscuro con letras blancas que decían PO PO PO. Su cara se inclinaba hacia un plato de fideos fríos. Aplasté con la cuchara los frijoles en el hielo para devorarlos con glotonería. El estudiante levantó la cabeza con crujidos en el cuello y me observó. Evidentemente, se mostraba molesto por la forma crítica en que lo miraba. Es una mala costumbre que adquirí desde que llevo las tarjetas de abordaje conmigo. Como sólo salgo una vez al mes, tengo que aprovechar mi tiempo.

—¿Encontraste algo? —le pregunté.

—¿Qué va! —Un fideo había quedado en su barbilla. Con un dedo se lo llevó a la boca y agregó con disgusto: ¡Es pura basura!

—¿Incluso la eupcaccia?

—¿La qué?

—La eupcaccia. —Saqué de mi bolsillo la caja de plástico y se la mostré. —Es el nombre de un insecto. ¿No los has visto? Están en el segundo pasillo desde atrás, más o menos en el centro, a la izquierda.

—¿Qué tienen de extraordinario?

—Es un escarabajo, una especie de coleóptero. Tiene las patas atrofiadas y da vueltas en el mismo lugar como las agujas del reloj, alimentándose con sus propios excrementos.

—¿Y?

—¿No se te hace interesante?

—No especialmente.

Fue inútil. Quedó descalificado.

A riesgo de parecer pretencioso, permítaseme decir que creo que la eupcaccia es el símbolo de una cierta filosofía o forma de vida: por más que uno dé vueltas, como el movimiento es circular, en realidad nunca se llega a ninguna parte. Lo importante es mantener el interior tranquilo.

Algún día, pensé, me gustaría diseñar un logo basado en la eupcaccia y usarlo en una bandera turística. Pero de la parte superior, no del abdomen. El abdomen tiene demasiadas rayas, como las de un camarón seco, y la parte superior puede ser representada muy fácilmente por dos óvalos pegados, como la parrilla de un BMW, el coche con mejor desempeño en el mundo. Esto aclaraba las cosas: ya sabía dónde iba a guardar la eupcaccia. ¡Qué mejor

lugar que el estante del baño donde trabajo, allí donde pongo mis maletas y otros enseres de viaje! De pronto me sentí eufórico ante la idea de considerar a la eupcaccia como un accesorio de viaje.

El estudiante se marchó con una mirada molesta. No tuve la menor intención de detenerlo. Aparte de la manera tosca en que sorbía los fideos, su aproximación a la vida carecía de gravedad. La eupcaccia se me mostró como una prueba muy útil que me permitiría tener una apreciación objetiva de los posibles tripulantes que reclutaría. El que no mostrara ninguna curiosidad por el insecto —el pivote de un compás capaz de trazar la circunferencia de la propia tierra— sería lo bastante insensible como para no ser tomado seriamente en cuenta.

La pareja que compró una eupcaccia antes que yo me pareció mucho más interesante. ¿Adónde se habrían ido? Eran ellos a quienes debía haber sondeado. ¿Por qué será que siempre pierdo las oportunidades? Aunque, pensándolo bien, el hombre no me convencía del todo. Se lo veía demasiado intranquilo, como si en su cabeza se desarrollara un juego de ping pong. No es del tipo de los que se adaptan fácilmente a la vida en los muelles. La chica se veía diferente: era de las personas que todo lo investiga. Había sido *su* idea comprar la eupcaccia. Además, se me hacía perfectamente lógico que fuera una mujer el primer miembro de la tripulación. Mientras saboreaba el frío del hielo en mi boca, mi mente se atormentaba con la idea de no haber hablado en su momento con ella. Ahora ya habríamos sido buenos amigos, tomando en cuenta el mutuo interés en la eupcaccia. El único problema era su relación con el hombre. Si estaban casados, o algo por el estilo, mis esperanzas eran vanas. Claro que la eupcaccia pertenecía al reino del soliloquio. No se trata del tipo de cosa que uno espera que compre una pareja casada. Por otra parte, tengo que admitir que las parejas no casadas que se comportan como marido y mujer son raras, mucho más raras que las parejas casadas que se comportan como extraños.

Llegó el momento de irme. Ya había tenido la extraordinaria suerte de toparme con la eupcaccia. No podía aspirar a más. Y en un día ventoso como éste no podría manejar en la oscuridad por los acantilados de la costa: la sal arruinaría la carrocería de mi jeep.

Una sombra se aposentó en el asiento que el estudiante acababa de desocupar. Era el vendedor de insectos, con su enorme cráneo, gruesos lentes de corto de vista y la piel marchita. Desenvolvió

un sandwich y jaló una silla, depositándola en el suelo con estrépito. No me había visto. No era ninguna coincidencia asombrosa que estuviéramos frente a frente, tomando en cuenta que los lugares vacíos eran tan pocos. Quitó la cubierta superior de pan de su sandwich, la hizo un cilindro y comenzó a darle mordiscos lentos, sorbiendo de tanto en tanto café de una lata.

—¿Descansando? —le pregunté.

El vendedor de insectos, dejando de masticar, levantó lentamente la mirada:

—¿A mí me pregunta?

—¿No me recuerda? Hace unos minutos usted me vendió una eupcaccia.

Durante unos segundos se quedó en silencio, con los ojos fijos en mí a través de unos lentes tan gruesos que parecían a prueba de balas. Mostraba un aire de desconfianza. ¿Sería por mi peso? La gente tiende a igualar obesidad con imbecilidad. Los miembros del sexo opuesto se muestran distantes, los del propio, burlones. La gordura es incluso un obstáculo para encontrar empleo. La proporción entre el tamaño del cuerpo y el del cerebro sugiere analogías poco halagadoras con dinosaurios y ballenas. A mí mismo me disgusta la gente gorda —a pesar de la evidente ironía— y en general evito entrar en conversaciones con ella, en la medida de lo posible.

—¿Qué pasa? Quiere que le devuelva su dinero, ¿verdad?

En el fondo de mi mente todavía tenía algunas reservas respecto de la eupcaccia, pero no quería que salieran a la superficie. No estaba con ánimos de oír una confesión.

—De ninguna manera. Me siento muy feliz con mi eupcaccia. Me hace pensar mucho. ¿Fue usted quien coleccionó estos especímenes? Se dice que la contaminación ambiental es tan grave que está acabando con los insectos. Algunos vendedores están criando los suyos, según he oído.

—Sí, y algunos van más allá, y fabrican especies no existentes con pinzas y cola, según he oído.

—¿Cuántas ha vendido en total? —le pregunté, considerando que era más prudente cambiar de tema.

—Una.

—¿De veras?

—Mire, si desea que le regrese su dinero, no hay ningún problema.

—¿Por qué dice eso?

—Para evitar complicaciones.

—Hay alguien que compró una antes que yo.

—No, nadie.

—Sí, ¿no se acuerda? Un hombre y una mujer joven.

—A usted le falta experiencia. Los contraté como señuelos para atraer clientes.

—Se me hicieron muy parecidos a mí.

—Tienen un contrato permanente con el almacén, o sea que su nivel es algo mejor que el de su hombre promedio de confianza. Además, la chica es fantástica. Tiene mucho talento.

—Me engañó.

—Es muy guapa y tiene realmente clase. Pero ese hijo de...

—Hay una nueva forma de clasificar a las mujeres —dije—. Lo leí en el periódico. Creo que la denominaban "quintuple" y consiste en dividir a las mujeres en cinco tipologías diferentes: madre, ama de casa, esposa, mujer y ser humano. ¿En cuál cree usted que ella entraría?

—Esas cosas no me interesan.

—Todo ha sido investigado minuciosamente por una agencia de prestigio. Es una especie de herramienta creada a partir de un análisis de mercado, por lo que se me hace muy confiable.

—¿Usted se cree eso?

Sobre nosotros pasó volando una bandada de gorriones. Luego llegó una nube de lluvia que barrió la azotea del almacén, rauda, como si algo la corriera. Los techos de lona de los puestos se sacudieron con el viento y los encargados de ellos mostraron su incertidumbre. Algunos comenzaron a cerrarlos: eran los que habían vendido toda su mercancía o los que decidieron que ya había sido suficiente por el día.

—¿No le convendría volver a su puesto? Parece que va a llover.

—Ya me cansé —dijo, mientras superponía finas rebanadas de jamón y de tomate, las cortaba con el tenedor y se las devoraba. Su expresión de niño iba sorprendentemente bien con su cabeza calva.

—No se dé por vencido tan rápido —dije—. La eupcaccia le proporciona a la gente algo con que soñar. Estoy seguro de que si lo intentara, podría vender algunas más hoy.

—¿Sabe usted que se me hace una persona muy rara? ¿A qué se dedica?— Se frotó la cabeza con los dedos velludos hasta que los

mechones de pelo gris se pegaron al cráneo, haciendo que la parte superior se viera más grande aún.

Un cliente merodeaba por el puesto junto al área de descanso donde estábamos sentados. Allí vendían un vibrador de esos múltiples, ovalado, con un enchufe en el extremo al que se podían conectar muchos adminículos: rascadores de espalda, cepillos de dientes, esponjas faciales, brochas eléctricas, masajeadores de hombros, martillos pequeños... y todo lo que se pueda ocurrir. Era ingenioso, sin duda, aunque carecía de imaginación. Además, sobre el mostrador estaban solamente las muestras: si alguien quería comprarlo debía atravesar por una serie de trámites idiotas, dejar un depósito del diez por ciento y llenar una forma con nombre y dirección. El adminículo sería enviado a domicilio (con un recargo mínimo) en el curso de la semana. Se me hacía que sería muy difícil encontrar alguien interesado en algo semejante.

—Ahí tiene usted lo opuesto a un sueño —dije—. Algo totalmente práctico.

—Ahí tiene usted una lección de cómo esquilmar a la gente —dijo el vendedor de insectos—. Nada del otro mundo, como verá. Las cosas más comunes son las mejores, objetos de cocina, especialmente. Si uno es listo, puede engañar a la gente siempre con la misma cosa. Pero no es conveniente repetir, ni trabajar siempre en el mismo sitio. Y hasta que no se tengan planes concretos de la próxima estrategia, es mejor cambiar todo el tiempo de lugar. Una vida muy difícil, sin duda.

—¿Con la eupcaccia se puede repetir? —le pregunté.

—Ah, ahora se da cuenta de que su cabeza es un fracaso.

—Aténgase a su sandwich, por favor. ¿Qué desayunó hoy?

—¿A quién le importa?

—Yo siempre como camotes, o crepas; con café. Yo preparo mis propias crepas.

—Para mí es imposible hacer una buena crepa.

—Para mí también.

—No he desayunado en los últimos diez años.

—¿Fue eso un trueno?

—¿A quién le importa?

Le dio un mordisco al sandwich, como con rabia. Pero no lo culpo. Si yo hubiera sido el descubridor de la eupcaccia y a nadie le interesara comprarla, indudablemente me sentiría igual. Una co-

lumna de arena sólo comprendida por los soñadores. Pero hasta una columna de arena, erguida dentro de la tierra, puede sostener un rascacielos.

—Si usted quiere, podría encargarme de las restantes eupcacias. ¿Qué son cuatro o cinco más?

—¿Por qué habría de hacer eso? —dijo el vendedor de insectos, con la boca llena de la última porción de su sandwich—. No hable como un tonto. No sé qué se trae en mente...

—Oiga, no porque sea gordo me tiene que tratar de esa manera.

—La obesidad no tiene ninguna relación con el carácter. Colocando la bola de miga que estaba masticando a un lado de su boca, agregó con voz cansada: lo que la causa es la proliferación de células de grasa melanóidea. Sólo cubre una pulgada o dos de tejido subcutáneo.

—Usted sabe mucho de eso.

—Sólo lo que he leído en los periódicos.

—¿Piensa vender el resto de las eupcacias en algún otro lado?

—Para serle franco, ya estoy harto de ellas.

—Pero espero que no vaya a tirarlas.

—Ni siquiera son útiles para usarlas como medicina. Me quedaré con los envases, porque pagué bastante por ellos.

—¿Por qué no me las deja a mí? Se las cambio por un boleto de barco. Si va a deshacerse de ellas de cualquier manera, no tiene nada que perder.

Demasiado pronto para sacar el tema del boleto de barco. Después de este desliz, me sentí como si alguien me hubiera echado una cubeta de agua helada. Me habría puesto muy ansioso por minimizar mi compra, considerando que cualquier crítica a la eupcacia podía revelar mi manera de pensar. El escarabajo-reloj encerraba para mí una revelación que podía evitar a la humanidad odios y ansiedades.

Tómense, por ejemplo, los antropoides, que parecen compartir los mismos ancestros con la raza humana. Muestran dos tendencias diferentes: por un lado, constituir grupos y sociedades —la tendencia a crecer—, y por el otro, que cada animal se atrinchere en su propio territorio y construya su propia fortaleza —la tendencia a establecerse. Por alguna razón, ambos impulsos contradictorios continúan en la psique humana. Los seres humanos han adquirido la propiedad de extenderse por la tierra gracias a una capacidad de adaptación incluso superior a la de las ratas y las cucarachas, pero también han adquirido la demoníaca capacidad de odiarse y des-

truirse mutuamente. Para la raza humana, ahora en un nivel igual al de la naturaleza, esta espada de dos filos es demasiado pesada, y desemboca en políticas de gobierno que tienen tanto sentido como usar una sierra eléctrica gigante para partir en dos un pescadito. Si tan siquiera nos parecíamos un poco a las eupcaccias...

—¿Cambiarlas por qué, me dijo?

—Por un boleto de barco.

—¡Ah, la vieja encuesta! —Bebió lo que quedaba de su café y me miró intensamente a través de sus gruesos lentes—. Si está tratando de sondearme, sería mejor esperar a tener un poco más de experiencia.

—¿Eh?!

—¿Nunca oyó hablar de ellos? Me parece que no, a juzgar por la expresión de su cara. Están en todas partes, esos que se paran en las esquinas con un block de papel y una pluma.

—Los he visto. ¿Qué hacen?

—“Dígame”, señora, “¿ya ha hecho planes para sus vacaciones de verano?” Comienzan así y acaban por suscribirla a un club de viajes.

—Se equivoca conmigo. —Dudando, decidí que era mejor mostrarle una de las carteras de cuero—. ¿Ve? Una llave y un boleto de barco. Es un boleto para sobrevivir.

Un golpe en mi hombro desde atrás y una intensa bocanada de loción capilar.

—No se puede sin permiso, compadre. Pague lo que corresponda e instale su propio changarro, como hacen todos—. Un hombre cuadrado, con el pelo partido a un lado, estaba parado detrás de mí. Sus ojos, intensamente húmedos, eran redondos y hundidos. Su postura erecta y una placa en su pecho lo identificaban inmediatamente como miembro de seguridad del almacén.

—No estoy vendiendo.

—Tendrá que acompañarme. En la oficina podrá levantar su queja.

Todas las miradas se clavaron en nosotros. Un muro de curiosidad que anticipaba un espectáculo. Ojos Redondos me tomó con fuerza de un brazo, hundiéndome los dedos en la carne hasta que mi muñeca comenzó a dormirse, una forma de tortura que evidentemente le era muy familiar. Pedí ayuda con mis ojos al vendedor de insectos, esperando que hiciera algo en mi defensa. Pero éste man-

tenía la cabeza baja, hurgándose los bolsillos. El hombre hablaba y hablaba, y no era para nada de confiar. Que esto me sirviera de lección y dejara de ofrecer imprudentemente mis boletos.

Con resignación, comencé a darme por vencido. De repente, Ojos Redondos aflojó la presión. El vendedor de insectos extendió el brazo derecho hacia nosotros, mostrando una tarjeta gastada.

—Permiso número E-18.

—Es inútil. Es a él a quien se lo estoy pidiendo.

—Es mi socio. ¿Desde cuándo está restringido al portador?

—Bueno, en ese caso...

—Puedo acompañarlo yo —dijo el vendedor de insectos—. Es lo último que puedo hacer.

—No, no es necesario ahora que se han aclarado las cosas.

—Eso es muy fácil. Usted nos ha puesto en aprietos en público y algo tiene que hacer para arreglar la situación.

—Siento mucho que haya ocurrido esto, señor, pero nosotros pedimos que las actividades se restrinjan al lugar estipulado.

—Entiendo. Lamentamos haberlo molestado.

Con las manos cerradas en gesto de disculpa, Ojos Redondos dio media vuelta y desapareció. Me quedé lleno de remordimiento por haber dudado unos instantes del vendedor de insectos.

—Gracias. Usted me ha salvado.

—La mayoría de estos tipos son ex policías y tienen que llenar sus cuotas.

—Por favor, tome esto —dije, presionando la cartera sobre él—.

No será tan vistosa como la de las eupcaccias, pero es bastante bonita, ¿no cree? Cuero auténtico, tallado a mano.

—Así, que la cartera es valiosa y el contenido inútil, ¿eh? Por lo menos es honesto.

—No, no, éste es un boleto para sobrevivir. Ábralo y observe usted mismo.

—¿Sobrevivir? ¿A qué?

—Al desastre, por supuesto.

—¿Qué desastre?

—¿No cree que estamos al borde del desastre ahora, la naturaleza, la humanidad, la tierra, el mundo entero?

—A decir verdad, sí lo creo, pero esto no cambia para nada las cosas.

—Venga, le mostraré algo.

Me puse de pie esperando que me siguiera, pero el vendedor de insectos no se movió, ni siquiera para tomar la cartera con el boleto.

—No va conmigo esto de la protesta social. Soy de los que creen que hay que dejar que las cosas sigan su curso.

—Nadie le está pidiendo que se preocupe por los demás. Se trata de algo estrictamente personal.

—Gracias, de todos modos. No me interesa. ¿Quién soy yo para sobrevivir, si los demás no lo hacen? ¿No cree que sea un pecado por exceso?

Algo de lo que decía me afectó en mi parte más vulnerable.

—¿No se da cuenta de que sólo quiero cambiarle esto por sus eupcaccias?

—Otro día. ¿Para qué la prisa?

—Esto demuestra lo poco que usted sabe. El desastre está en marcha. ¿No lee los periódicos?

—¿Ah, sí? ¿Y para cuándo se anuncia?

—Podría muy bien ocurrir mañana.

—¿Por qué no hoy?

—Estoy barajando posibilidades. Hasta podría ocurrir en este mismo instante. Lo que quiero decir es que no tardará.

—¿Quiere apostar?

—¿Qué cosa?

—Si se producirá en los próximos diez segundos. —Se preparó para contar en su reloj pulsera—. Diez mil yenes a que el desastre que usted anuncia no se producirá.

—Dije que sólo estoy hablando de posibilidades.

—Digamos los próximos veinte segundos.

—Es igualmente ridículo.

—Y dentro de veinte minutos, dos horas, dos días, dos meses o dos años, ¿también es ridículo?

—¿Quiere decir que todo esto le interesa en la medida que pueda ser apostado?

—Usted me conmueve. Sé lo que está pensando: si incluso ocurriera dentro de veinte segundos, y usted ganara, no podría cobrar-se por estar muerto. La única forma de cobrarse es que no ocurriera. Curiosa forma de apostar.

—¿Entonces por qué no olvida todo y toma el boleto?

—¡Vaya criatura más deprimente!

—¿Por qué?

—No puedo confiar en alguien que anda por ahí anunciando el fin del mundo.

Está bien, sabelotodo, muérete, si es lo que quieres. Tu cabeza se ve muy bien por fuera, pero por dentro ha de estar rellena de pasta de soya. Quizás haya sobreestimado también a la eupcaccia.

—Cuando se arrepienta será demasiado tarde —dije.

—Voy a orinar.

—¿Está seguro de que no lo quiere?

El vendedor de insectos se puso de pie. No era cuestión de dejar el precioso boleto abandonado allí un minuto más. Mi mano se dirigió a él, pero antes de que pudiera alcanzarlo, deslizó su mano bajo la mía y me lo arrebató, sonriendo francamente mientras se ajustaba los lentes. Parecía estar buscando la reconciliación, bromeando.

—Espéreme junto al puesto. Estaré allí en unos segundos.

—No se vaya a esfumar, ¿eh?

—Todas mis cosas están todavía allí.

—¿Las eupcacias? ¿Acaso no se iba a deshacer de ellas? No son ninguna garantía.

Se quitó el reloj y lo colocó donde había estado la cartera con el boleto.

—...Es un Seiko Cronograph nuevo. No vaya a llevárselo.

El ensayo

La polémica que levantaron las obras de ficción de Abe y sus incursiones en el teatro de vanguardia —junto con la relevancia social que adquirieron los escritores progresistas durante la década de los sesenta— condujeron inevitablemente a que nuestro autor incursionara en el terreno del ensayo, en parte para aclarar equívocos acerca de su propia obra, pero también para expresar su opinión sobre los complejos procesos que su sociedad estaba sufriendo.

En esta actitud de lanzarse al ruedo de la polémica tuvo también mucho peso la creciente importancia de los medios de comunicación electrónicos, que parecían amenazar con su presencia el hasta entonces bastante delimitado campo de la literatura. Los escritores se transformaron en figuras públicas notables, y sus opi-

niones se volvieron fundamentales para medir la temperatura de lo que sucedía. Muchos de ellos se pasaron al campo de la política y abandonaron toda manifestación literaria que no estuviera directamente relacionada con su nueva actividad; Abe, sin embargo, no se dejó tentar y pareció preferir la forma del ensayo como medio de comunicar sus opiniones. Así, en la década de los setenta Abe publicó en periódicos y revistas gran cantidad de artículos en los que expresaba sus puntos de vista acerca de los medios de comunicación (principalmente el cine y la televisión), del teatro, de las vanguardias artísticas, así como también —y con mucha insistencia— acerca de la literatura y las raíces sociales y psicológicas de ésta.

En el que quizás sea su ensayo más famoso, *La frontera interior* —publicado en 1973— Abe hace referencia al escritor contemporáneo y al origen de su desarraigo, que debe buscarse en un mundo complejo cuyos signos se vuelven cada vez más opacos para el hombre. En ese ensayo habla de las grandes metrópolis que alienan a los individuos, y de los múltiples problemas que les plantea la civilización industrial.

En el breve ensayo que se traduce a continuación, *La literatura de ficción* (Kasetsu no bungaku), Abe expresa con claridad sus ideas acerca de la dicotomía razón-irracionalidad y el papel de ésta en la desintegración de la sociedad contemporánea, así como su relación con la literatura de ficción. Al mismo tiempo, nos da una clave para la lectura de la propia obra de Abe.

LA LITERATURA DE FICCIÓN (KASETSU NO BUNGAKU)

Es indudable que en el mundo de la ciencia, fuera de lo absolutamente racional, no tienen cabida lo extraordinario ni lo anormal. La ciencia es, de manera obvia, antagónica de las transformaciones monstruosas. Partiendo de este razonamiento se hace necesario distinguir la ciencia-ficción de la narrativa fantástica.

Sin embargo, ¿es conveniente enfrentar de manera tan mecánica la ciencia con lo extraño y lo irracional? La concepción del mundo de la ciencia como un desierto meramente cuantificable, sin enigmas ni sombras, con su incapacidad para distinguir la ciencia de la magia, es la culpable de que no se haya podido acabar con el pensamiento medieval. La concepción científica medieval, a la

manera de las llamas del infierno, estaba coloreada de tintes sombríos, y la concepción científica actual no ha superado para nada esa vacuidad gris y árida. Es más, habría que agregar que, en realidad, el papel que juega la ciencia es bastante irrelevante.

La ciencia, por más que ignore lo desconocido, no está aislada, y si no se interna en el terreno del enemigo, nunca podrá desafiarlo: habiéndole cerrado la puerta, se quedará en lo irrelevante. En realidad, lo que se opone a la ciencia no es el mundo de lo extraño, sino la ignorancia de este mundo, y esto quizá responda a un sentimiento vital de protección del orden cotidiano.

La fe en este orden cotidiano rechaza de dos maneras lo extraordinario: en primer lugar, por ser vehículo de lo imaginario, que de por sí es poco confiable; y en segundo lugar, por ser, desde el punto de vista de la razón, algo destructivo. El orden cotidiano concebido así como algo sagrado no sólo debe ser protegido, sino que es condenado como la base de sustentación de la "moral", y en ocasiones se enfrenta con el espíritu científico: en nombre del orden se inmoló en la misma hoguera a brujas y científicos. Si se examinan a la luz de los mitos del orden establecido, Giordano Bruno y el marqués de Sade no son casos diferentes.

Al hacerlos pasar por las coordenadas del orden cotidiano, el mundo de la ciencia y el de lo sobrenatural se volvieron en esencia incompatibles, pero uno se da cuenta de que, en cuanto a función, tienen algo en común: el llamado mundo cotidiano se encuentra más cerca de lo extraordinario que el mundo de la ciencia, y más cerca de la norma que el mundo de lo sobrenatural. Siendo un ente totalmente quimérico, está inmerso en un orden quimérico. La energía de lo real, expresada en los instintos, se vuelve sobrenatural, y expresada en el intelecto, se transforma en ciencia. Así, ambos mundos, más que estar en relación de exclusión mutua, parecen jugar el papel de transgresores de lo ordinario.

A partir de esta idea, la narrativa de ciencia-ficción, lejos de ser diferente de la narrativa fantástica, tiene con ésta puntos en común que de ninguna manera chocan. Acerca de las tendencias recientes de la narrativa de ciencia ficción, cierto crítico literario la ha tachado de poco científica y de excesivamente fantástica, pero yo siento que ésa no es una buena razón para desecharla. La narrativa de ciencia-ficción, como yo la concibo, de ninguna manera debería ser una continuación de la narrativa científica popular surgida con el

desarrollo de la ciencia y la tecnología, sino una manifestación más de la gran corriente literaria que se inicia con los clásicos griegos (por ejemplo, la *Historia verdadera* de Luciano de Samosata) y se continúa con la gran tradición narrativa de *Los viajes de Gulliver*, *Don Quijote*, *Viaje a Occidente*,⁵ etc., para mencionar sólo algunas obras. Según las premisas de esta gran narrativa, cuando se elimina la máscara del aparente equilibrio de lo cotidiano, lo que surge es la expresión rebelde y desafiante de una nueva realidad.

De acuerdo con diferentes opiniones, a partir de la corriente literaria naturalista y otras, la tradición de la novela se deriva de la gran literatura de antaño, y el boom reciente de la narrativa de ciencia-ficción (suponiendo que este género exista como tal) no sería más que la expresión de un nuevo orden social. Es decir, más que un reflejo de los viajes interestaciales del hombre, habría que concebirla como un reflejo del orden cotidiano actual en proceso de desintegración.

⁵ Si *yeou ki*, famosa novela china del siglo XVI, debida a la pluma de Wou Tch'eng Ngen. Hay traducciones al francés e inglés. (N. del T.)